LA COLMENA

Operada de anginas

Soledad Díez-Madroñero
Auxiliar administrativo

Vuelvo la vista atrás, treinta y tantos años atrás, y de pronto es como si en mi mente se estuviera proyectando una película, una serie de las que vemos por la tele y que me hacen recordar que eso y más yo también lo viví, porque al mundo rural el progreso tardó en llegar...

Aquel sábado, mi madre me despertó como cada mañana; sólo que aquel día no sería como los demás. Me bañó en el barreño de zinc colocado junto a la lumbre para no pasar frío y una vez que ya había realizado el ritual previo a bañarme: sacar el agua de la tina cubo a cubo, llenar el pote colocado al fuego de la chimenea; cuando todo estaba ya listo, buenas friegas con estropajo casero y jabón hecho de sosa y aceite de oliva. Después, la tan repetida oración mientras me ponía la "muda" limpia –que, mira que me la repetiría veces, pero jamás logré aprendérmela–. Bien preparada, con mi faldita plisada, la camisa y los zapatos de domingo, mi padre, mi madre y yo nos montamos en el Renault 4 y nos fuimos de viaje ...

Varias veces pregunté dónde íbamos y otras tantas me respondieron –tú no te preocupes, no te dolerá nada, a tu prima ya se lo hicieron y no lloró–. Llegamos, aparcamos el coche junto a una casa grande, mi padre bajó del maletero una hamaca de playa (nosotros no íbamos por aquel entonces a la playa, pero ya teníamos las hamacas, no sé por qué, lo mismo nos tocaron en el chocolate El Loro, que por aquella época daba muchos premios), mi madre sacó un bolso grande, aunque a mí nadie me dijo si es que nos íbamos de vacaciones...

En esa casa había mucho movimiento, gentes que entraban, otras que salían y muchos niños, la mayoría llorando y con la boca tapada por un paño o toalla blanca. En mi ignorancia, yo seguía sin saber que hacíamos allí nosotros.

Llegó el momento..., mi padre me dio un beso en la frente y me dijo –tú eres muy valiente, no lo olvides–, y mi madre tomándome de la mano me acompañó hasta una habitación, de la cual recuerdo a un señor con bata blanca y un espejo muy grande sujeto a la frente; otro señor, con bata blanca también, pero sin artilugio alguno colgando; una silla de enea, una palangana con un jarro de agua y un cubo blanco junto a la silla; una mesa llena de instrumentos, plateados y relucientes, que por mi corta edad o por ignorancia no alcanzaba a entender para qué servían. El señor, –el que mandaba más– con voz grave, ausente de sonrisa alguna y consiguiendo que me temblaran las canillas, le dijo a mi madre que se sentara y me co-

giera sujetándome entre sus piernas. Me pusieron una sábana blanca a modo de babaté que me cubría todo el cuerpo, me inmovilizaba las manos y prácticamente me imposibilitaba para hacer cualquier movimiento por leve que fuera. Recuerdo un pinchazo en el dedo, abrir la boca mucho, mucho y a los dos hombres, uno más que otro, manipulando en mi boca como si fuera un pozo sin fondo, un dolor intenso y por fin, sacar de mi boca algo –ahora sé que fueron las amígdalas– y arrojarlo al cubo; que cuando lo abrieron pude ver toda una carnicería allí dentro. No recuerdo si me mareé, me dormí, o por un momento pensé que había muerto...

Lo siguiente que recuerdo es que me encontraba tumbada en la hamaca –para eso era–, mi madre a mi lado, con toallas y toallas que sacaba del bolso grande para irme cambiando la que tenía en la boca, según se iba llenando de sangre y mi padre con una bolsa de ricos polos de hielo, que por lo visto ese era el tratamiento que el médico había prescrito...

Pasadas unas horas volvimos a mi casa, me metieron en la cama y me tuvieron a base de natillas y polos hasta que la voz dejó de ser gangosa, que al parecer ese era uno de los síntomas de mejoría. Desde entonces aborrezco las natillas y la experiencia si no me traumatizó es porque después viví otra similar al sacarme la primera muela, que me hizo olvidarme de la "operación de garganta"; pero eso es otra historia que hoy no toca... Por cierto, se me olvidó contar que antes de esta operación, no me dolía la garganta, no tenía fiebre ni me sentía mal; al parecer en aquella época era moda no tener anginas y yo no iba a ser menos...

Tiranos en las cárceles

María José Sánchez Pablo
Enfermera

Asistimos cada día a la sinrazón militar extranjera contemplando cómo seres humanos que han sido hechos prisioneros son salvajemente humillados, torturados y vejados hasta convertirse en los protagonistas más famosos de la última película de terror en cartelera. Se van consumiendo sin visible final horribles días de sangrientos asaltos y crueles crímenes, a la vez que escuchamos paralizados a altos mandos decir que esas fotos no fueron tomadas en Irak, ni ese día ni a esa hora. Piden disculpas asegurando que se ha tratado de "casos aislados" y de una minoría no representativa de las tropas extranjeras y pretenden que nos creamos que estos hechos son los que les ocurren a sus soldados si son capturados en tierra ajena justificando el "ojo por ojo y diente por diente", para tener como resultado el ser amonestado y en el peor de los casos sólo procesado. Crueles fotografías y reportajes grabados como muestras de valentía y poder, no son sino una penosa muestra de atentado contra los derechos humanos, atentados criminales en los que la privación de libertad a civiles está a la hora del día, ciudadanos que sin motivo son apresados y decapitados en directo ante millones de personas. Informes emitidos por diferentes ONGs no son suficientes para poner fin a la desgracia que supone una guerra en nuestro siglo que se impone tristemente como la única y posible alternativa para unos pocos mal nacidos. Y es que una guerra siempre es una guerra, y de ella nunca se puede esperar una posguerra mejor sino peor, no importa el bando. Importa la barbarie que implica a muchos inocentes, familias enteras rotas que difícilmente podrán reponerse, que no se engañe nadie.

Un cuento chino

Germán Gómez Roig
Médico

Había una vez un emperador que poseía toda la tierra conocida, todos los paños más hermosos del mundo, todas las joyas más... Vivía feliz en su palacio de cristal, acompañado por más de mil sirvientes. Con sus baños de espuma blanca, comiendo toda clase de frutas y... siendo muy dichoso.

Su pueblo estaba contento porque vivía en la opulencia y veían sonreir a su señor.

Un día amaneció muy nublado. Comenzó a llover sin parar. Un tornado se llevó cosechas, casas, vidas humanas... Y el imperio del Emperador. Los baños de espuma blanca se habían convertido en baños de lodo, los frutales estaban arrancados y la alegría se había tornado en una gran tristeza en todo el imperio.

Decidieron crear una comisión de crisis para intentar poner solución al problema. El emperador junto con los más allegados emprendieron un largo camino: Sabios, Brujos, Pitonisas, Hechiceros... Todos iban realizando hechizos, preparando pócimas. Pasó el tiempo. Ya no sabían dónde acudir. No del todo convencidos; pero albergando cierta esperanza regresaron al imperio pero todo estaba igual: Lodo, casas de paja, un poco de agua potable, que consiguieron sacar de algunos pozos y nada más.

La comitiva, con el emperador al frente entraron en una larga y profunda depresión.

Un día, esta gran figura, vio a su hijo jugando con unas piezas de madera. Observó como las ponía unas encima de otras y luego las cruzaba para que no se cayeran.

Impulsado por una feroz inquietud reunió a sus principales líderes y les dijo : "hemos perdido el tiempo con los sabios, brujos, hechiceros y pitonisas. Si queremos tener un imperio lo tendremos que construir nosotros mismos, con nuestras manos con nuestros pies, con nuestro deseo".

Inmediatamente preparad carros y bueyes y limpiad los caminos.

Construid ladrillos aprovechando los viejos hornos de leña.

Que cada vecino siembre un árbol además de azucenas, margaritas, rosas...

En cuanto estén terminadas las casas y los caminos que cada vecino se vista con los mejores tejidos que tengan porque daremos una gran fiesta.

Tal vez lo más bonito de esta historia es que nuestros personajes terminaron por aprender, eso sí, después de muchas vueltas que el auténtico valor de arreglar, construir, mejorar... la vida está en nosotros mismos.

Un día otro emperador, con su séquito, pasó por las tierras del nuestro preguntándole qué podía hacer porque un tornado había arrasado sus tierras y habían ido a ver a brujos, pitonisas, hechiceros...

Pero nada.

Nuestro emperador comentó: la solución está en vosotros mismos.